

Editorial

HACÍA mucho tiempo, casi cincuenta años, que el fantasma de la guerra no aparecía en Europa. Los conflictos posteriores al año 1945, habían tenido como escenarios lugares lejanos a nuestro continente, parecía como si, de una vez, Europa cesara en las luchas que durante siglos habían assolado su territorio. Nos habíamos acostumbrado a que, cuando se hablara de guerra, siempre la situáramos en lugares remotos, Vietnam, Corea, Oriente Medio... Eran otras tierras incluso parecía que los que caían en esas guerras eran otros hombres, que no pertenecían a nuestro entorno próximo. Muy poco o casi nada teníamos que ver con aquellos conflictos.

Ha sido en el momento menos esperado, al final del siglo XX, cuando los bloques han desaparecido y las barreras que separaban los dos lados del viejo continente se han levantado definitivamente, cuando se habla de una Europa cada vez más unida y todos buscan la construcción de una gran casa que nos cobije a todos los habitantes de la vieja Europa. En este momento es cuando todo ha saltado, el mapa de Europa se ha roto, en su parte oriental, en mil y un pedazos, poniendo de manifiesto lo artificial de una distribución del mundo, salida de la Segunda Guerra Mundial, donde no se habían respetado más que intereses de las potencias, y no los intereses de los pueblos que se veían afectados por esa ordenación.

El mantenimiento de este orden artificial, ha generado odios étnicos y enfrentamientos raciales que han sumido al Este de Europa en una serie de choques armados que están desgarrando a estas sociedades.

Tal vez, para muchos de nosotros, lugares tales como Croacia, Moldavia, Georgia, Bosnia Herzegovina, Servia... no significaran, hasta hace seis meses, absolutamente nada, tal vez ni tan siquiera pudiéramos situarlos en el mapa. Ahora, sin embargo, se citan en nuestras conversaciones. Los medios de comunicación nos han puesto de manifiesto todos estos lugares que, unos meses atrás, no eran siquiera un punto en el mapa. Al principio, las noticias nos conmovieron, y las escenas de guerra en las calles croatas fueron un aldabonazo, una señal de alarma, la violencia había llegado, de nuevo, a nuestro continente. En estos momentos, sin embargo, todo lo vemos con una mayor normalidad, cuando abrimos un periódico, no nos extraña encontrar la guerra en la portada, no nos impacta, aquel aldabonazo ha pasado. Nos hemos acostumbrado a la presencia de la muerte y de la violencia, tal vez porque la sentimos dentro de nuestro entorno social más cercano, tanto que seguimos impassibles cuando nos enteramos que han muerto unos hombres víctimas de otros hombres, o nos encogemos de hombros cuando ni la O.N.U., la organización que vela por la paz, puede garantizar que los habitantes de Sarajevo puedan tener lo imprescindible para seguir viviendo.

La violencia ha de ser, creo, algo a lo que nunca debemos acostumbrarnos, a lo que no podemos acostumbrarnos nunca, si queremos seguir siendo hombres y sintiendo como tales, si nos acostumbramos a la violencia, en el fondo nos acostumbraremos a la ley del más fuerte, y, de alguna manera, nos dejaremos arrastrar por lo que de animal llevamos dentro.

F.R.